

## Pío Baroja

En 1922, recoge Machado, en *Los complementarios*, un extenso comentario sobre la novelística de Pío Baroja, a propósito —fundamentalmente— de *La sensualidad pervertida*, aunque, a partir de ella, generalizará sobre el sistema literario del novelista. Interesa, pues, ir antes a lo general que a lo particular, para captar cómo entendía A. Machado la obra del «novelista del 98», lejos temperamental y literariamente de los gustos del poeta y a distancia —creo— de la concepción que tenía Machado de la novela ideal, tal y como hemos visto hasta aquí. Pero Machado, una vez más, intenta buscar lo positivo (recuérdense sus postulados teóricos sobre la labor del crítico) dejándose en el tintero los aspectos negativos y disconformidades que, sin duda, las debió de haber, a tenor de sus juicios generales sobre novela:

«La última promoción literaria señala en las novelas de Baroja algo de lo que falta: invención, esmero en la forma, ingenio para combinar efectos y aventuras..., etc. Pero nadie, que yo sepa, ha señalado lo que Baroja tiene sobre todos sus contemporáneos españoles. Con Baroja el hombre europeo del siglo XIX es, por vez primera, héroe de novela española. Por eso las novelas de Baroja son las únicas que no se nos caen de las manos.

En él encontramos el culto de la acción, no exento de superstición, y, como problema dilecto de sus meditaciones, el conflicto entre el pensar y el querer. El personaje central de las novelas de Baroja suele ser un intelectual decididamente anti-intelectualista, que achaca su fracaso en la vida, su insuficiencia biológica y aun su propia inexistencia, a sus hábitos de reflexión» (*Los complementarios*, ed. D. Ynduráin, p. 91).

Machado vuelve, insistentemente, sobre las características del héroe barojiano que calificará de intelectual convicto de fracaso, aventurero malogrado. A propósito del héroe de *La sensualidad pervertida*, partiendo de las actitudes de Werther de Goethe, establece un paralelo con la obra de Stendhal e intenta calificar sociológicamente las actitudes del protagonista, forma esta de hacer no nueva en Machado, como hemos tenido ocasión de comprobar:

«El Luis Murguía de Baroja tiene, a mi juicio, una secreta vocación stendhaliana; el impulso erótico de la burguesía posrevolucionaria no se ha extinguido en él, pero le falta alegría fisiológica, le sobra reflexión y desconfianza de sí mismo. Ha nacido al declinar el mundo burgués, en época de cansancio y agotamiento de una clase que vive ya en actitud defensiva y en la

cual todo napoleonismo —aun el simplemente erótico— se hace imposible (*Ibidem*).

En las características del protagonista barojiano, Machado ve una clara influencia de Schopenhauer y su interpretación de Kant. El invocar esta influencia da pie a Machado para demorarse en largas disquisiciones sobre «lo real» que no hacen específicamente al caso del autor que comenta, pero esto prueba que su auténtica pasión —como ya dije— era la ciencia filosófica y no la ciencia literaria. Y Machado resume con soltura de lector profundo —otra cosa son sus propias formulaciones filosóficas— las teorías de Schopenhauer, Kant, para ir a desembocar en Hegel y la influencia de todos ellos en el sistema de pensamiento del hombre moderno. No hace al caso entrar en más detalles aquí, pero sí quiero recordar que una vez más medita Antonio Machado sobre *la realidad, la razón*, motivos que aparecen recurrentemente en sus apócrifos, y que volveremos a encontrar en sus críticas a la poesía contemporánea.

Machado no alaba a Baroja, no era esa su forma ideal de novelar, pero no lo ataca, cumpliendo los preceptos que había señalado para el crítico, sobre todo el de juzgar según los propósitos del autor, sin atribuir defectos, partiendo de lo que el escritor no se había propuesto realizar.

#### PROSA NO NOVELISTICA Y ENSAYO

Su admiración intelectual iba fundamentalmente hacia Unamuno y Ortega, pero antes de referirme a las relaciones de crítica literaria de Machado con estos pensadores, prestaré breve atención a los escasos comentarios sobre otros escritores.

#### Azorín

Machado acusa recibo, en verso, del libro *Castilla* de Azorín, recreando la monotonía y la sensación de tiempo y ausencia en una venta castellana, la de Cidones, en la carretera de Soria a Burgos. Pero, claro, no se trata de crítica literaria, aunque es importante traerlo aquí a colación por lo que tiene de testimonio de los gustos de Machado, en cuanto que se trata de un homenaje poético al maestro Azorín. Pero en otra composición poética, «Desde mi rincón (CXLIII)», fechada en Baeza en 1913 y dedicada, también, al libro *Castilla* «del maestro Azorín», Machado no sólo recrea motivos de

dicho libro, como dice en la dedicatoria, sino que —en verso— valora no sólo la obra sino la actitud —como es habitual en su crítica— del maestro Azorín:

*«Basta, Azorín, yo creo  
en el alma sutil de tu Castilla  
y en esa maravilla  
de tu hombre triste del balcón, que veo  
siempre añorar, la mano en la mejilla  
(.....)*

*buen Azorín, por adopción manchego,  
que guardas en tu alma ibera,  
tu corazón de fuego  
bajo el recio almidón de tu pechera  
—un poco libertario  
de cara a la doctrina,  
jadmirable Azorín el reaccionario  
por asco de la greña jacobina!—;  
pero tranquilo, varonil —la espada  
ceñida a la cintura  
y con santo rencor acicalada—,  
sereno en el umbral de tu aventura!*

(«Desde mi rincón», PC. CXLIII.)

Antonio Machado, el bueno, absuelve —no era su camino el del látigo— el conservadurismo de Azorín. Ya antes había señalado en un artículo publicado en *El Porvenir castellano* —el año de su fundación, 1912— el valor de su estilo:

«Se le ha acusado de frialdad. Nada más injusto. Azorín es ferviente, cordial, apasionado; pero sabe imponerse la medida, la concisión, la justeza como férreas disciplinas (...). Sabe también que la belleza no es algo que se cuelga o se añade a las cosas, sino lo que ellas mismas tienen. Sabe que la hipérbole, la exageración, el encomio, lejos de dar, quitan...» (*El Porvenir castellano*, 22 julio 1912).

Después se referiría Machado —como muestra J. M. Valverde (17)— al creciente reaccionarismo de Azorín, pero siempre sin descompostura y con el elogio atenuante por delante.

## **Maeztu**

Machado —como muestra J. L. Vázquez Dodero (18)— felicita efusivamente a Maeztu por la publicación de su libro *Defensa de la*

(17) Valverde, J. María: «Azorín», Barcelona, Planeta, 1972, Cap. 19.

(18) Vázquez Dodero, J. L.: «De AM a Ramiro de Maeztu», «ABC», 29-X-1959.

*Hispanidad*. Pero no va más allá del elogio con una crítica matizada en juicios literarios.

### **Giménez Caballero**

El 15 de mayo de 1928, publicaba E. Giménez Caballero un elogioso artículo en *La Gaceta Literaria* (19) sobre el valor proverbial de la poesía de Antonio Machado. En ese mismo número se incluye una carta de Machado a G. Caballero, en la que elogia la cultura sin exhibición y la meritoria labor de la *Gaceta* bajo su dirección, y precisa:

«Ustedes, con el bendito Ortega, contribuyen a libertarnos del aparato francés que, como alimento, venimos chupando hace dos siglos» (*Op. cit.*).

Después calificará a Giménez Caballero: «gran estandarte, cartelista y jaleador de un ejército juvenil» (*Gaceta Literaria*, 1 marzo 1929).

### **D'Ors**

En el soneto «A Eugenio d'Ors» (Avila, 1921), presenta certeramente a Xenius como:

*«Un amor que conversa y que razona,  
sabio y antiguo —diálogo y presencia—  
nos trajo de su ilustre Barcelona;  
y otro, distancia y horizonte: ausencia.»* (*Cit.*)

Pero interesa mucho más, a los propósitos de este artículo, un comentario, en prosa, a la obra orsiana:

«El gran mérito de 'Xenius' consiste, a mi juicio, en haber sustituido en sus hábitos mentales el afán polémico, que se acerca a las cosas con una previa antipatía, por el diálogo platónico y la mayéutica socrática» (20).

J. M. Valverde (21) afirma que lo que más le interesó a Machado en la prosa orsiana fue su actitud ante los demás, su tono «de so-

(19) Giménez Caballero, E.: «A Occidente por Oriente. Valor proverbial de AM», «Gaceta Literaria», 15-mayo-1928.

(20) «AM. Obras. Poesía y prosa» (reunidas por A. de Albornoz y G. de Torre), Buenos Aires, Losada, 1964, pp. 801-802.

(21) Valverde, J. María: «Antonio Machado», Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 206.

ciudad», urbano y conversacional, y supo valorar y utilizar las sugerencias formales del estilo orsiano (recuérdese el intento de sección fija en *El Sol*, 1920, a que ya me he referido). Conservó la simpatía hacia el estilo y la persona de D'Ors, como en el caso de Azorín, a pesar de las divergencias políticas, pues no hay que olvidar la evolución de Xenius hacia un ideal de fascismo estético. El estilo «bien educado» de D'Ors cautivó a Machado, más allá de la ideología, que respetó aunque no compartiera; actitud que no adopta D'Ors en su *Carta de Octavio de Romeu al Profesor Juan de Mairena* (22).

## Unamuno

La asiduidad, interés y fecundidad de las relaciones entre Unamuno y Machado superan en intensidad y extensión los obligados límites de este artículo. A ellas han prestado importante atención A. de Albornoz, Sánchez Barbudo, López Morillas, Chaves, Ribbans, Zambrano, Cossío, Rejano, García Blanco, Rovetta (23). No es lugar éste para enjuiciar los resultados de la larga admiración de Machado por Unamuno, sus afinidades y hasta su intimidad, si hacemos caso a Concha Espina que apunta que Unamuno fue el único confidente de los amores secretos de Machado con Guiomar (24). Remito a la lectura crítica de tan amplia bibliografía, dejando para este lugar solamente un recorrido por los juicios literarios que formuló Machado.

Guillermo de Torre observa, creo que con justicia, que Machado se «unamuniza» al comentar la obra de Unamuno e incluso al contestar a sus cartas (25). Tal es así que sus notas, muchas veces, son una auténtica paráfrasis, hecha con el espíritu de discípulo encaminado a descubrir lo permanente unamuniano. Aurora de Albornoz (26) re-

(22) «CHA», 11-12 (1949), pp. 289-300.

(23) A. de Albornoz: «La presencia de M de U en AM», Madrid, Gredos, 1968; A. de Albornoz: «M de U y AM», «La Torre», IX, 35, 36 (1961); A. Sánchez Barbudo: «Estudios sobre Unamuno y Machado», Madrid, Guadarrama, 1959; J. López Morillas: «Intelectuales y espirituales. Unamuno, Machado, Ortega, Marías, Lorca», Madrid, RO, 1961; J. C. Chaves: «La admiración de AM por U», «CHA», 155 (1962); G. Ribbans: «Unamuno and AM», «BHS», XXXIV (1957); G. Ribbans: «Unamuno and the younger writers in 1904», «BHS», XXXV (1958); G. Ribbans: «Niebla y soledad: aspectos de Unamuno y Machado», Madrid, Gredos, 1971; M. Zambrano: «AM y Unamuno», «Sur», VIII, 42 (1938); F. de Cossío: «Los encuentros», «Norte de Castilla», Valladolid, 7-3-1922; J. Rejano: Darío, Unamuno y Machado», «Las Españas», México, 1946. M. García Blanco: «En torno a Unamuno», Madrid, Taurus, 1965 (pp. 215-291); C. Rovetta: «Unamuno y AM», La Prensa, Buenos Aires, 26-10-1965.

(24) Espina, C.: «De Antonio Machado a su grande y secreto amor», Madrid, Lifesa, 1950, p. 103.

(25) Torre, G. (de): Op. cit., p. 234.

(26) «Luz» (poema). En «Alma Española», año II, núm. 16, Madrid, 21 febrero 1904. — «Divagaciones (En torno al último libro de Unamuno)». En «La República de las Letras», núm. 14, Madrid, 9 agosto, 1905.

— «A don Miguel de Unamuno» (poema). En «Campos de Castilla», 1912.

coge —aparte de la correspondencia— un total de catorce «escritos» de Machado sobre Unamuno. De ellos, solamente dos son comentarios sobre libros de Unamuno recién aparecidos, publicados en periódicos; siete son artículos periodísticos en que enfoca, globalmente, la obra y la persona de don Miguel de Unamuno. Además cuatro homenajes en verso a don Miguel y una «nota» a su muerte.

En 1905 recibía con un extenso comentario —aparecido en *La República de las Letras*, núm. 14, 9-IX-1905— la publicación de *Vida de Don Quijote y Sancho*. En él admira al sabio, su heroica y constante actividad espiritual, su admirable sinceridad, para descubrir con criterio exacto:

«las notas en él dominantes son: el impulso acometedor, la ambición de gloria y la afirmación constante y decidida de su personalidad» (Art. cit.).

y ¡cómo no! se refiere en tono elogioso a la agresiva combatividad de don Miguel contra la miseria intelectual «que nos abruma», pero reconociendo que los bellos sermones de Unamuno «no son voces de apocalipsis, sino palabras vivificadoras, como él dice, que exhortan a una interna renovación». Por otra parte no deja de prestar atención, Machado, a la «forma» y «organización» del libro:

«Mucho nos recuerda Unamuno, en sus escritos, a nuestros mejores místicos, por la expresión sinuosa y asimétrica, tan castiza, por el deseo de envolver y dominar espiritualmente y por el mucho pelear interior que no le deja punto de reposo (...) os diré que el libro de Unamuno está muy bien escrito, (...) tiene, además, de la lengua que emplea profundo conocimiento (...). Y reparad, ya que nos paramos en la forma, en que no es Unamuno de los que sirven su pensar simétricamente ordenado, o cortado

- 
- «Don Miguel de Unamuno» (nota sobre Unamuno atribuida a Antonio Machado). En «El Porvenir Castellano», núm. 2, Soria, 4 julio, 1912.
  - «Algunas consideraciones sobre libros recientes: 'Contra esto y aquello', de Miguel de Unamuno». En «La Lectura», año XIII, núm. 11, Madrid, julio, 1913.
  - «Poema de un día. Meditaciones rurales». En «Poesías completas», 1917.
  - «Leyendo a Unamuno». En «La Voz de Soria», 1 septiembre, 1922.
  - «Parergon». En «Nuevas canciones», 1924.
  - «Unamuno, político». En «La Gaceta Literaria», Madrid, 1 abril, 1930.
  - «Mairena y el 98—Un premio Nobel». En «Sol», Madrid, 17 noviembre, 1935 (incorporado después a «Juan de Mairena»).
  - «Los cuatro Migueles». En «Hora de España», núm. 3, Valencia, 1937.
  - «Miscelánea apócrifa: Notas sobre Juan de Mairena» (ensayo sobre Heidegger, en el que habla de Unamuno). En «Hora de España», número 13, Valencia, 1937.
  - «A la muerte de don Miguel de Unamuno...» (nota). En «Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura», núm. 1.
  - «Unamuno». En «Revista de las Españas», 1938.
  - «De la correspondencia de M. de Unamuno, I, Cartas de A. Machado» (ed. M. García Blanco), «RHM» (1957).

en lonchas, (...) que a esta faena llaman algunos literatura. No es Unamuno de estos bastardos de Bolleau, gente académica y desalmada, sino españolísimo en la expresión (...). Cierta rudeza y montuosidad hay, no obstante, en la prosa de Unamuno, que nos hace pensar en la tierra vasca; pero esto de que un escritor recuerde a su tierra, más es virtud que un defecto» (*Art. cit.*).

y algo que, a Machado, siempre le preocupó y le interesó en toda obra literaria:

«digo que está impregnado de tan profundo y potente sentimiento, que las ideas del pensador adquieren fuerza y expresión de imágenes de poeta (...). Sólo el sentimiento es creador (...) ni las ideas de los pensadores ni las imágenes de los poetas son nada fuera del sentimiento de que nacen (...). La pura ideología y la fría imaginativa son deleznable» (*Art. cit.*).

La última frase constituye la piedra angular de todo el sistema estético y crítico de Antonio Machado; refleja criterios que aplicará siempre, tanto al juzgar la obra de los demás como al explicar la suya propia; a fin de cuentas, el equilibrio intuición-razón: ideal estético en que insistió —sin desfallecimiento— hasta los últimos momentos de su vida. Por fin una frase de *Vida de Don Quijote y Sancho* le servirá para resumir todo el pensamiento de Unamuno: «La verdad no es lo que nos hace pensar sino lo que nos hace vivir.»

El comentario al libro *Contra esto y aquello* (*La Lectura*, 151, 1913) comienza con unas atinadas consideraciones a tono con lo que hoy hemos dado en llamar sociología del libro. Machado se refiere a los problemas de difusión del libro, firmemente convencido de que a él le corresponde la extensión de la cultura, más que a Universidades e Institutos. Pide que se aumente la propaganda sobre libros nuevos, iniciando al pueblo en la lectura mediante los modernos antes que los clásicos y afirma: «fundamos, entre unos cuantos amigos, un periodiquillo con el sólo objeto de hacer la propaganda del libro» (se refiere a *El Porvenir Castellano*).

Machado ve una base religiosa en el patriotismo de Unamuno, ajeno a todo campo político concreto pero especialmente hostil al conservadurismo de los neocatólicos franceses y sus influencias en España. A partir de aquí dedica Machado todo su comentario a atacar lo francés, actitud que le une estrechamente con Unamuno. Con gran vehemencia llega a afirmar:

«La Francia actual literaria y filosófica se caracteriza por una carencia absoluta de originalidad, por una tendencia mezquina-